

Colas de cometas: Género e imágenes míticas desde el exilio en las intelectuales españolas

María José Bruña Bragado
Université de Neuchâtel

La emigración es la experiencia que mejor define nuestro tiempo.
JOHN BERGER

¿Es posible la poesía después de Auschwitz?
THEODOR ADORNO

• [...] andamos así, separados, muriéndonos por aquí y por allá, muriéndonos por todas partes y siempre lejos. Lejos siempre, dondequiera que estemos, lejos y solos.
MARÍA ZAMBRANO, en carta a Concha Méndez

¿Qué ocurriría si una mujer dijera la verdad sobre su vida?
El mundo se abriría por la mitad.
MURIEL RUKEYSER

La primera escala en el recorrido que proponen estas páginas lo constituye una breve inmersión en la acogida que los postulados feministas tuvieron en España en las décadas que abren el siglo XX. Tales ideas de emancipación se orientaron más hacia el ámbito social y pedagógico que hacia el dominio político e implicaron un fenómeno interesante: que las mujeres, especialmente las mujeres republicanas, “actuaran” como feministas, aunque no se nombraran a sí mismas como ta-

les. Lejos ya de la victimización o de la lectura heroica de las fuentes, a lo Georges Duby, plantearé cómo éstas se inscribieron paulatinamente en la dinámica histórica, en las estructuras sociales, demográficas, económicas y culturales, no de forma aislada, sino más bien de manera transversal pero amplia. Se trataría, pues, por su parte de una opción consciente y meditada por los márgenes, por los intersticios o los bordes que no es sino una aplicación de esa "mirada bizca" por la que apostaba ya Virginia Woolf. El campo de visión siempre será más amplio desde la periferia que desde el centro, la mirada más aguda o crítica desde una posición subalterna que desde una hegemónica. En definitiva, quizás sea más fructífero ser la "cola del cometa", en sagaz expresión de María Teresa León para referirse a ella misma como compañera de un intelectual de relieve, que la cometa misma.

Si hasta 1914, hombres y mujeres se habían ajustado a unos comportamientos sociales definidos, a pesar del creciente descontento femenino, a partir de esa fecha las mujeres iniciaron una revolución personal y laboral imparable, desempeñando un papel esencial en la Gran Guerra como enfermeras, obreras en las fábricas de armamento, conductoras, intérpretes; actividades profesionales para las que, en ocasiones, no estaban preparadas. Churchill reconoció que si las mujeres hubiesen dejado de trabajar sólo durante veinte minutos en la fabricación de armamento, la guerra no se hubiera podido ganar. El segundo punto de inflexión tuvo lugar en el año 1918, momento en que los gobiernos de Inglaterra y Estados Unidos otorgaron a la mujer el derecho al voto. Todo empezó a cambiar.

Sin embargo, en un país como España, devastado por dos dictaduras traumáticas de 1923 a 1930, ¿era acaso posible la presencia de las mujeres y el nacimiento de una cierta sensibilidad feminista? En efecto, si no desde un punto de vista conceptual tan elaborado y sólido como en otros ámbitos geográficos —véase Inglaterra, Francia o incluso Argentina o Uruguay, donde el anarquismo feminista obtuvo bastantes avances—, sí desde una perspectiva más activa y militante, las nociones de equidad entre sexos se fueron abriendo hueco y, de manera similar a las británicas durante la Gran Guerra, las republicanas españolas asumieron todas las profesiones "masculinas" tras de la sublevación de Franco: enfermeras, intérpretes, conductoras o guerrilleras. Esta actividad febril tuvo un reflejo asimismo en la escritura —más urgente, en diarios y cartas— y los cambios fueron inmediatos en relación al reconocimiento

de su iniciativa profesional, personal y, hasta cierto punto, también sexual.

En el terreno cultural, hasta el estallido de la Guerra Civil, existió una intensa e innovadora actividad. No en vano estamos ante la llamada "Edad de Plata" de la cultura española. En efecto, la renovación y el desarrollo de la educación, con el consiguiente aumento en el número de lectores y la creación de nuevas editoriales facilitaron a los autores la publicación de sus obras e incluso la posibilidad de vivir de la literatura. En ese período de esplendor coexistieron y se sucedieron generaciones literarias únicas: el 98, el 14, el 27, generaciones predominantemente masculinas y en las que las mujeres apenas figuraban. A pesar de este ambiente hostil, todas ellas formaron parte de la vida pública, a veces desde posiciones sociales e ideológicas muy distintas. La mayoría eran cultas y autodidactas, pertenecían a una clase privilegiada, aprendían idiomas, viajaban y en ocasiones participaban de las actividades de la Residencia de Señoritas, continuadora del espíritu de Giner de los Ríos. Contribuyeron, de esta manera, a la extensión y socialización del arte, presupuesto básico de la política cultural republicana. En conjunto, por su vida, y excepcionalmente por su producción, estas mujeres rompieron con los esquemas establecidos, dando paso a un nuevo tipo femenino más preparado y emancipado, que se vio truncado por la Guerra Civil. Por otro lado, su condición de amigas, amantes, compañeras de artistas como Miguel Hernández, Salvador Dalí, Rafael Alberti, Federico García Lorca, Manuel Altolaguirre o Luis Cernuda facilitó, pero también complicó, en cierto sentido, su inquietud por el arte y la escritura. En ocasiones, fueron ellas mismas y una curiosa tendencia hacia lo que se ha dado en denominar "antifeminismo", lo que constituyó un obstáculo¹.

La guerra irrumpió y trajo, para más de medio millón de españoles, además del horror de los combates, las penalidades de la experiencia de la huida a través de las fronteras. Los más afortunados de estos "trasterrados", en palabras de José Gaos, fueron los/las que emigraron

¹ Sobre este tema diserta ampliamente Roberta Quance en su artículo "Hacia una mujer nueva", incluido en el volumen de James Valender (2001). Declaraciones de "antifeminismo" abundaban en Colette o Teresa de la Parra; son también frecuentes en Concha Méndez o María Teresa León. Quizás no era más que una táctica deliberada para encontrar un espacio de aceptación.

a América —nunca se insistirá suficiente en la generosidad de México, Argentina o Puerto Rico—. Igualmente dura fue la experiencia de aquellos que regresaron a España o que, atrapados en Francia, participaron en la resistencia y en ocasiones fueron víctimas de los nazis. Tras la Guerra Civil, sin olvidar a las mujeres sencillas que acompañaron a padres, hijos y esposos, tenemos un conjunto de extraordinarias intelectuales que, dispersas por el mundo, continuaron la defensa y extensión de la cultura que había sido fundamental en la política republicana. Hablamos de las pintoras Maruja Mallo y Remedios Varo, la filósofa María Zambrano, las escritoras Concha Méndez, María Teresa León o Rosa Chacel, la actriz Margarita Xirgu. Existió toda una biblioteca simbólica, toda una generación en destierro que dejó de ser meramente una proyección masculina.

Sigamos a continuación la estela de cuatro “colas de cometas” que forjaron sus propias imágenes de España en el exilio, cuatro individualidades, proyectos y procesos vitales, inevitablemente conectados. Constanza de la Mora, Zenobia Camprubí, Concha Méndez y Maruja Mallo tuvieron en común su coraje y vitalismo, pero también compartieron la evolución hacia una progresiva despolitización y adaptación a un nuevo medio hostil, así como el ensimismamiento final, el interés paulatino en proyectos personales empapados de lo que las rodeaba, de influencias foráneas sumamente enriquecedoras y productivas. Veamos, entonces, con qué estrategias algunas mujeres españolas dejaron de ser ese “oscuro continente”, en palabras de Freud².

Constanza de la Mora (1906-1950): La versatilidad en la lucha

Iniciamos nuestro recorrido con la figura de Constanza de la Mora. Nacida en Madrid y desaparecida en Guatemala, era nieta del abogado,

² He escogido a cuatro mujeres de perfil muy distinto, pero no debemos olvidar que pertenecientes todas ellas a un sector privilegiado. No todas las mujeres son iguales —y menos aún en aquel momento—; por ello, hay que ser cuidadosos a la hora de generalizar sobre la “sororidad” femenina. Suscribo, en ese sentido, la afirmación de Susana Reisz: una mujer sólo puede hablar de otras mujeres cuando es consciente del lugar que ella misma ocupa en el conjunto.

político y cinco veces presidente del gobierno Antonio Maura. Desde su temprana juventud, su espíritu crítico y su sentido de la justicia eran evidentes. Participó activamente en el bando republicano durante la Guerra Civil como intérprete y traductora, llegando incluso a ser responsable de la prensa extranjera del Gobierno republicano, gracias a sus notables conocimientos de inglés. En Inglaterra había descubierto asimismo la alegría de vivir y la necesidad de la emancipación femenina, pero “Connie”, como era llamada por todos, fue ejemplo de esa generación femenina que postergó la igualdad de género a la de clases por el bien de la revolución³. En todas estas iniciativas la acompañó su segundo esposo, Ignacio Hidalgo de Cisneros, general de la aviación republicana con el que formó una pareja tan legendaria como la formada por Robert Capa y Gerda Taro. Al final del conflicto bélico, de la Mora hubo de despedirse de él y embarcó en el Harvre rumbo a Estados Unidos, donde había sido invitada para exponer la causa del pueblo español ante los norteamericanos. Pretendía reclamar víveres y armas, pero allí la sorprendió el final de la guerra. A partir de entonces, se exilió primero en México y más tarde en Guatemala, donde murió tempranamente. Su vida en el destierro adquirió, tristemente, la inconsistencia de las sombras y el enigma hasta que publicó sus memorias de la guerra. Este heroico testimonio biográfico, *Doble esplendor*, fue presentado algunos años antes de morir por Eleanore Roosevelt en Nueva York, y tuvo que luchar contra su catalogación como texto “inferior” por ser demasiado realista y poco estético. Tal vez literariamente el documento no sea tan relevante, pero la urgencia del momento bélico exigía un lenguaje determinado, como señalamos antes. En cualquier caso, es un ejemplo de mujer que logró escribir sobre el conflicto y aprendió a articular la sorpresa de una guerra. Recordemos que los textos memoriaísticos son esenciales, y tenemos, para corroborar este punto, las biografías, autobiografías o memorias de Federica Montseny, María Teresa León, Victoria Kent, Sara Berenguer, Concha Méndez o Silvia Mistral.

³ Llama la atención, a pesar de todo, la labor activa que desempeñaron también las mujeres españolas durante la guerra. No sólo fueron guerrilleras o enfermeras, sino que cumplieron labores de alfabetización y asilo de niños, trabajaron en la prensa, como de la Mora, o trasladaron las obras de arte del Museo del Prado hasta Valencia, como fue el caso de María Teresa León.

Destacan varios aspectos sugerentes en relación a Constanza de la Mora. En primer lugar, debe mencionarse que, pese a constituir con Ignacio una pareja conocida y unida, siempre preservó su individualidad. Encarnó, pues, las nuevas libertades adquiridas por la mujer, pero también representó una actitud feminista cauta y pragmática ante la amenaza de la ideología fascista. Éste es el motivo por el que Connie, sin abandonar la lucha por sus derechos como mujer, se concentró en una tarea más inmediata: combatir el fascismo y apoyar a las víctimas.

Otro de los rasgos más interesantes de la vida y del discurso de Constanza de la Mora, más allá del tono indudablemente panfletario y subjetivo de este último, fue su enorme versatilidad y capacidad de transformación, de adaptación al medio, característica que, en muchos casos, se atribuye, con justicia, a las mujeres. Así, por ejemplo, ante la impotencia y frustración repentina de su viaje a Nueva York, supuestamente inútil ya al haber terminado la guerra, de la Mora afirmó que ya no se precisaban víveres o armas para ayudar a España, pero sí ayuda para el medio millón de españoles desplazados que se encontraban en los campos de concentración de Francia en condiciones dramáticas. Junto a su contagioso optimismo y su infatigable vitalidad y coraje, descubrimos que un pragmatismo muy valioso en una lucha que es, a la vez, física e ideológica signó su espíritu y sus palabras, incluso en las circunstancias más adversas.

Con todo, las imágenes de victoria o combate se vieron progresivamente diluidas desde el exilio. España es un David frente al Goliath internacional y entonces empezó a prevalecer la imagen de un país que se desangraba, invadido y dolorido. La resistencia se tornó silencio. En efecto, el olvido fue la marca de Constanza de la Mora y tantos otros hombres y mujeres en un mundo que borró rápidamente la utopía española tras la derrota del fascismo en Europa. De la Mora se erige hoy, pues, en emblema de muchas escritoras incansables, luchadoras que narraron sus experiencias y pasaron al saco de la incompreensión en el exilio.

Zenobia Camprubí (1887-1956): La cultura como evasión

Si Constanza de la Mora representaba la parte intelectual, aunque siempre pragmática, del binomio que constituía con Ignacio, en algo

que pudo parecerse a una igualdad y complementariedad de géneros, el caso de Zenobia Camprubí, incansable compañera de Juan Ramón Jiménez, se nos presenta más complejo en este sentido. Y ello porque, pese a la extraordinaria capacidad de esta joven de ascendencia catalana y puertorriqueña que dominaba varios idiomas y era dueña de una amplísima cultura, es innegable que su talento creativo quedó siempre a la sombra.

Zenobia se caracterizó por ser la colaboradora ideal del poeta de Moquer. Es destacable la vitalidad extraordinaria de su carácter emprendedor, que contrastaba sobremanera con la neurastenia y melancolía acuciante de su marido. Ese temperamento voluntarioso, así como un pragmatismo de origen anglosajón impulsaba a su marido y hacía que ella misma luchara contra la apatía que la invadía en el Caribe. Ya algunos años antes, en el período de residencia en Madrid previo a la guerra, Zenobia ayudaba a la economía familiar con el alquiler de pisos a diplomáticos y la venta en una tienda de arte popular, donde, por cierto, conoció a Constanza de la Mora. En 1937 se exiliaron primero en Cuba, donde vivieron de las mensualidades derivadas de la herencia de Zenobia, luego en Estados Unidos y finalmente en Puerto Rico, donde nuestra protagonista murió en 1956, poco después que Juan Ramón. Auténtico apoyo y vínculo con la realidad y la vida para su marido, su ideología militante en el comunismo se fue desvaneciendo poco a poco en el exilio. Así, diversos testimonios muestran cómo fue evolucionando en la distancia la imagen que tenía inicialmente de España. La mayoría proceden de su *Diario* que, dividido en tres volúmenes correspondientes a los tres países en los que se exiliaron —Cuba, Estados Unidos y Puerto Rico—, constituye un interesante documento sobre el exilio, además de un instrumento de supervivencia personal tras el trauma de la guerra.

Son varias las notas que podemos destacar en el discurso y recorrido vital de Zenobia. Fundamentalmente destacan dos: primero, su labor como “guardiana de la memoria colectiva del exilio”, mediante la recopilación de cartas, testimonios y el apoyo incondicional a Juan Ramón y, en segundo lugar, su actividad cultural como participante y gestora en el seno de una comunidad femenina hispanoamericana, a través de su presencia en conferencias y cenáculos. Es significativo asimismo su menor grado de politización respecto a Constanza de la Mora, por ejemplo, lo que implicó acusaciones directas por parte de ésta

de abandono de la causa republicana en 1937. Zenobia llegó a afirmar que un mitin político le hacía sentirse como ante una corrida de toros y comparó la calma de Cuba con la sangría de Teruel.

Zenobia Camprubí representaría, entonces, otra vertiente de la lucha femenina, menos activa, menos militante y más volcada a lo "menor" o lo "interior" desde una mirada aristocratizante o elitista. No en vano, su labor siempre estuvo más vinculada a lo institucional o cultural y había sido, antes de la guerra, la primera secretaria del Lyceum de Madrid mientras ejercían como presidenta María de Maetzu y como vicepresidente Victoria Kent. Es lógico pues su movimiento hacia la "alta cultura" y no tanto hacia el combate. Educada y culta, no olvidaba su adscripción a la clase burguesa y afirmaba que sólo la música y el paisaje de la isla de Cuba lograban hacerle olvidar el horror. No se trataba para ella de subvertir los roles en una sociedad injusta, como para Connie; más bien pretendía compensar el orden de cosas mediante la adopción de "un niño vasco", jugando a la lotería por España y teniendo en su recuerdo a los refugiados en campos de concentración franceses. Esta labor era también necesaria y Zenobia la ejerció con dignidad. Tal postura no puede ser objeto de reproche, como lo ha sido con frecuencia, hacia una mujer admirable que, primero, supo sostener emocionalmente a un marido débil, segundo, luchó desde su participación en foros, tertulias y conferencias como las del Lyceum Club de La Habana y, por último, se volcó en el trabajo, mediante la transcripción, crítica y traducción de textos y poemas de su esposo y otros intelectuales de la época. En relación a esto último, lo más importante fue la labor inagotable de Zenobia en la lucha contra el olvido que implicaba el exilio y el mantenimiento del contacto entre los escritores españoles del interior y los "transterrados". Así, Zenobia representaría a las mujeres que, situadas en los márgenes de la cultura, supieron romper la barrera de su propia ideología y comprender lo desconocido.

Concha Méndez (1898-1986): Del latido a las sombras

Una de las autoras más olvidadas de la Generación del 27 es Concha Méndez Cuesta. Nunca ganó ningún premio, ni obtuvo ningún reconocimiento oficial, fuera de la grabación de un disco con su poesía, a instancias de la Universidad Nacional Autónoma de México en 1979.

De temperamento inquieto y una curiosidad intelectual desbordante, esta madrileña fue impresora, editora de algunas de las revistas más importantes de la época —*Héroe*, 1916, *Caballo Verde para la Poesía*—, poeta, dramaturga surrealista —*El personaje presentido*—, guionista cinematográfica —*Historia de un taxi*— y gestora cultural. Con todo, fue excluida inexplicablemente de la *Antología* de Gerardo Diego, donde sí aparecieron otras voces femeninas como las de Josefina de la Torre o Ernestina de Champourcín. Más tarde, tuvo la mala fortuna de ser mujer abandonada y divorciada en un país extranjero, lo que le impidió entrar plenamente en el círculo intelectual. Incluyamos, para comenzar, la descripción por parte de su amiga María Zambrano en su primera juventud:

La risa y el misterio juntos era siempre ella. Se esperaba que dijese más cuando ya lo había dicho todo. Era una mujer con arrojito y también con algo de misterio que no conseguía del todo ocultar. (Mallo, 1990: 9)

Había nacido en Madrid en 1898 y, pese a no pertenecer a la alta burguesía —su padre era albañil y su familia se benefició económicamente de los efectos de la Primera Guerra Mundial—, estudió en un colegio laico francés y obtuvo el título de profesora de español en el Centro de Estudios Históricos. Pronto participó en las tertulias artísticas de la época, pese a que Luis Buñuel la llamaba su "novia secreta" y la mantenía apartada de los círculos poéticos. El talante arrojado de la autora la impulsa a acercarse personalmente al grupo constituido por Lorca, León, Alberti, Cernuda —el que sería su gran amigo— y Manuel Altolaguirre —con el que habría de casarse—. Forjó asimismo una amistad con la pintora Maruja Mallo, con la que recorría las verbenas de Madrid practicando ambas un "sinsombrerismo" que las habría de hacer famosas por su censura de los ambientes represores de la época. Aficionada a los deportes, al charleston y al jazz o los automóviles, encarnó a la mujer moderna de los felices años 20:

Concha Méndez Cuesta: veintitrés años, campeona de natación en los veraneos de San Sebastián, automovilista del Madrid deportivo, risa trepidante en las tertulias vanguardistas. Y, al fin, poetisa. Esta es una muchacha actual, ceñida y tensa por el deporte y el aire libre. (Méndez, 1995: 12 y 13)

Sus dos primeros libros de poesía son *Inquietudes* (1926) y *Surtidor* (1928). Pese a constituir tanteos primerizos, su voz resonaba ya con fuerza e intensidad en la tematización tanto de lo popular como del espíritu de las vanguardias. En 1929, y ya emancipada de su familia, viajó a Londres —qué diferente cariz habían de tener los viajes que emprendió posteriormente— y a Buenos Aires, donde se quedó algo más de un año. En 1930 publicó en Argentina su tercer libro de poemas que, con ilustraciones de Norah Borges, llevaba por título *Canciones de mar y tierra*, simbiosis que remite a *Marinero en tierra* de Alberti y a las *Canciones* de Lorca. El tono desenfadado y frívolo pronto dio lugar a un mayor sosiego y trascendencia; de lo experimental pasamos a la denuncia. En 1931, de vuelta a Madrid, decidió abandonar la estética vanguardista, pues urgía una toma de postura política y una mayor humanización del quehacer artístico. Tal nueva época la emprendió al unísono con Manuel Altolaguirre, nuevo ejemplo de pareja con complicidad intelectual y política, y *Vida a vida* es el primero de los libros que editaron en su imprenta madrileña. Dividida entre el deseo de quedarse en España y contribuir a la causa republicana, como de la Mora y tantas otras, y el de proteger a su hija Paloma, optó al fin por lo segundo —de la Mora mandó a la suya en un barco soviético—, dejando a Altolaguirre y demás compañeros en la contienda. Al abandonar su casa de Madrid, los Altolaguirre dejaron tras de sí libros, revistas, cuadernos, cartas y manuscritos de su trayectoria como editores y poetas en los años inmediatamente anteriores a la guerra. Méndez se preocupó siempre mucho más de la documentación que su esposo. Cuando la guerra terminó, Méndez, junto a Altolaguirre, se exilió, primero cuatro años en Cuba, después en México, tras breve estadía en París donde fueron acogidos por Picasso y Paul Eluard. La estancia en Cuba entre 1939 y 1943 fue el período de mayor productividad editorial de sus carreras. Fundaron las revistas *Nuestra España*, *Espuela de Plata*, *Atentamente* y *La Verónica*. Poco después de su llegada a México, en 1943, Méndez comenzó una amistad con un grupo de escritoras que editaban la revista *Rueca*, en un movimiento similar al de Zenobia. Con la ayuda de esta comunidad femenina publicó dos nuevos libros suyos y siguió colaborando con su marido en la imprenta. A partir de 1944, Méndez desapareció casi por completo —Altolaguirre la abandonó—, como lo haría de la Mora, del panorama público y se va ensimismando cada vez más.

Las características más interesantes de esta autora son, en primer lugar, su extraordinaria vitalidad, entusiasmo y optimismo, rasgos también de Connie, Zenobia y Mallo, que llevaron a Juan Ramón a calificarla como “cajista de imprenta, enrolada de buque, fogonero de tren”, pero también como “sirenita” sonriente o “campeona de natación, de jiu-jitsu, de patín, de gimnasia sueca”. También la llama “brújula nerviosa de carnes sobre la rosa erecta de los vientos”. Su risa, también destacada por Maruja Mallo en ella, dio paso progresivamente al misterio, y es por ello que titulamos este apartado “del latido a las sombras”⁴. Del poema “Al nacer cada mañana”, que dedicó a su amiga Mallo y es muestra de esa exaltación vital y esa alegría de la modernidad surrealista llena de “rosas incendiadas y peces voladores”, pasamos al tono angustiado de los poemas “España” de 1937 o “España sobre mis hombros” de 1944. Así, el segundo rasgo de esta creadora, ya en el destierro, es la asunción de la derrota desde el dolor y la amargura, desde el desengaño que la va progresivamente embargando y deriva en esa progresiva despoltización inevitable. Consciente del importante papel que su generación desempeñó, manifestaba orgullo por haber participado de la Edad de Plata, esa renovación artística de la mano del compromiso ideológico en la España de comienzos de siglo. Un tercer aspecto interesante, y que la emparenta con Zenobia, es el cuidado e interés que puso en guardar el archivo literario que configuró a lo largo de los años con su marido. Méndez, como Zenobia, es guardiana privilegiada de la memoria cultural de la “Edad de Plata” y representa, más que la escritura del exilio, en palabras de Naharro-Calderón, “el exilio de la escritura”, pues la falta de referencias temporales y espaciales del “transerrado” se unen a la falta del compañero, la incógnita del regreso y los problemas de la readaptación.

⁴ Así expresa su opinión contradictoria en relación al feminismo: “En cuanto a la mujer en España, puedo decirles que ha despertado, y de un modo brillante, a la vida activa, tanto en el orden social como en el intelectual. Y así, ha invadido universidades y ha creado algún centro. Actualmente, contamos con un grupo de jóvenes poetas y escritoras como Rosa Chacel, Ernestina de Champourcín, Carmen Conde, Josefina de la Torre, que comienzan brillantemente su carrera artística” (Valender, 2001: 64).

Maruja Mallo (1902-1986):

La creación como alternativa a la muerte

Maruja Mallo, pintora versátil y camaleónica, nació en Vigo en 1902 y estudió en la escuela de Bellas Artes de San Fernando, donde conoció en 1922 a Dalí y más tarde a Miguel Hernández. También inició una gran amistad con otras jóvenes emancipadas de la época como Concha Méndez y María Zambrano, amistad que permaneció, en forma epistolar, a lo largo de su vida. Después de un viaje a Galicia en 1932 le asaltaron extrañas revelaciones y pasó, tras la alegría y exaltación del color popular de sus "verbenas", a transitar por zonas oscuras y premonitorias. Captó entonces, en forma de presagio, el dolor de la catástrofe, la agresividad y lo subterráneo. Expuso en París, con gran éxito, su serie "Cloacas y campanarios". En 1933 entró en contacto con el "Grupo Constructivo" de Torres-García, que preconizaba un arte comprometido y fue el detonante para que aflorara de nuevo su temperamento positivo y sensible. Junto con Miguel Hernández y Benjamín Palencia paseó por los campos de Castilla donde cada espiga le revelaba la arquitectura íntima de la naturaleza y las construcciones campesinas su confianza en la sabiduría popular. Como artista comprometida con la labor educativa y social que realizaba la República, dio clases de dibujo en el Instituto Escuela de Madrid y viajó a Galicia junto a María Zambrano con las Misiones Pedagógicas. Durante la época de la Guerra Civil no abandonó la pintura: "La sorpresa del trigo" y "La religión del trabajo" dan cuenta de ello, pero la guerra la sorprendió en Galicia y de allí escapó a Portugal, donde su amiga Gabriela Mistral, embajadora de Chile, la ayudó a trasladarse a Buenos Aires. Viajó, pues, a Buenos Aires y en 1939 envió a *La Vanguardia* de Barcelona su relato "Relato veraz de la realidad de Galicia", que se publicó en cuatro capítulos, y que contaba los sucesos vividos durante la Guerra Civil Española. En Argentina recibió un amplio reconocimiento al principio y colaboró en la famosa revista de Victoria Ocampo, *Sur*. Se olvidó poco a poco de las atrocidades y se dedicó a crear y exponer en París, Nueva York y diversas ciudades de Brasil. No obstante, en cuanto se instauró el peronismo en Argentina, Mallo dejó el país y se trasladó a Nueva York para regresar a España en 1965, tras veinticinco años de exilio. La que fuera una de las grandes figuras del surrealismo de preguerra era casi una desconocida en su tierra. Pero no le importó demasiado, se instaló en Madrid y, a modo simbólico, di-

bujó de nuevo la portada de la *Revista de Occidente*. Tenía ya 77 años, pero aún conservaba la frescura y vitalidad intactas.

En Mallo, lo que me interesa destacar, en primera instancia, es su estilo de vida intensamente independiente, provocador, individualista y vital, de nuevo común a todas las mujeres mencionadas. En su caso, sin embargo, no fue sólo la "cola de un cometa"; quizás, sin proponérselo, ejerció como cola de muchos cometas para acabar siendo cabeza de pleno derecho del propio. Sin pareja estable, construyó su vida sobre una obra que se inspiraba a partes iguales en lo popular de Madrid y de Galicia y lo natural desbordante de campos de trigos, paisajes espectrales del submundo y renacimientos florales en las aguas del Pacífico chileno. Desde sus lienzos populares satirizó una España castiza donde la religión y el ejército hacían presentir lo peor, y el disfraz le servía para cambiar los órdenes establecidos. En una línea que se emparentaba con los muralistas mexicanos al aunar compromiso político y búsqueda irredenta de la autenticidad de un pueblo, sus "verbenas" cautivan al espectador de todos los tiempos. "La sorpresa del trigo" de 1936 y "El canto de las espigas" de 1939 son una proclama, una denuncia y una esperanza al hambre del pueblo español. En segundo lugar, vuelve a ser palpable en esta artista la ya mencionada despolitización. Evoluciona a una mayor abstracción, con la consiguiente falta de asideros realistas, y a un cromatismo feroz en las "Naturalezas vivas", explosión de una feminidad ardiente. Mallo encarnó la creatividad como una alternativa a la muerte. Se volcó hacia la naturaleza americana que la rodeaba y a su propia creación para poder sobrevivir. Es, en tercer lugar, ese hallazgo de la creatividad como única razón para vivir lo que singulariza a Mallo.

Como conclusión, me interesaría incidir en la condición de exiliadas de estas mujeres, pues esta situación en tanto que ofrece una óptica distanciada, un "no morar" en palabras de Adorno, apunta nuevos parámetros más amplios y una forma de mirar inédita, en ocasiones más irónica, "bizca" e incluso traviesa, pero también sumamente dolorosa. El exilio implica un estadio intermedio, ni completamente integrado en el nuevo ambiente ni plenamente desembarazado del antiguo, pues, como el filósofo alemán Adorno enunciara, "morar, en el sentido exacto del término, es ahora imposible"⁵. El exiliado, y más aún, el in-

⁵ Para profundizar más en esta idea, consúltese Adorno (1980).

telectual exiliado está entre marginal e integrado, entre el pasado y el presente, el adentro y el afuera. Todo intelectual exiliado está mutilado. Con todo, la obra puede ofrecer, en ocasiones, una cierta satisfacción compensatoria, un tipo de vida alternativo que esté en condiciones de representar un ligero respiro a la ansiedad y la marginalidad asociadas al hecho de "no morar" en absoluto. Cada escena o situación en el país de acogida, evoca necesariamente su contrapartida en el país de procedencia. Intelectualmente, esto es una riqueza.

Terminemos ya con las lúcidas palabras de otro intelectual "destruido", Edward Said:

Un intelectual es como un náufrago que aprende a vivir en cierto sentido con la tierra firme, no sobre ella, no como Robinson Crusoe, cuya meta es colonizar su pequeña isla, sino más bien como Marco Polo, cuyo sentido de lo maravilloso nunca le abandona y siempre es un viajero, un huésped provisional, no un aprovechado, un conquistador o un invasor. (Said, 2007: 78-79)

Estas mujeres ayudaron, pues, a mantener una continuidad cultural a pesar de la guerra, continuidad cultural que reflejaba, asimismo, la diversidad española. En suma, todas ellas pusieron el énfasis en las relaciones personales, culturales y humanas, estrechamente vinculadas a los enlaces políticos o históricos, y nunca perdieron el sentido de la "maravilla".

BIBLIOGRAFÍA

- ADORNO, Theodor, *Minima moralia. Réflexions sur la vie mutilée*, Paris, Payot, 1980.
- AZNAR SOLER, Manuel, *Valencia, capital literaria y cultural de la República (1936-1937)*, Valencia, PUB, 2007.
- CHAMPOURCÍN, Ernestina de, *La casa de enfrente*, Madrid, Signo, 1936.
- DUBY, Georges, y PERROT, Michèle, *Histoires des femmes en Occident*, Paris, Plon, 1991, varios vols.
- MÉNDEZ, Concha, *Poemas*, ed. de James Valender, Madrid, Hiperión, 1995.

- Manuel Altolaguirre y Concha Méndez. *Poetas e impresores*, Madrid, Residencia de Estudiantes/Centro Cultural de la Generación del 27, 2001.
- NAHARRO-CALDERÓN, José María, coord., *El exilio de las Españas de 1939 en las Américas: "¿Adónde fue la canción?"*, Barcelona, Anthropos, 1991.
- SAID, Edward, *Representaciones del intelectual* [1994], Barcelona, Debate, 2007.
- ULACIA ALTOLAGUIRRE, Paloma, y MÉNDEZ, Concha, prol. de María Zambrano, *Memorias habladas. Memorias armadas*, Madrid, Mondadori, 1990.
- USANDIZAGA, Aránzazu, *Escritoras al frente. Intelectuales extranjeras en la Guerra Civil*, San Sebastián, Nerea, 2007.
- VALENDER, James, *Una mujer moderna. Concha Méndez en su mundo (1898-1986)*, Madrid, Publicaciones de la Residencia de Estudiantes, 2001.
- ZULUETA, Carmen de, y MORENO, Alicia, *Ni convento ni collage. La Residencia de Señoritas*, Madrid, Publicaciones de la Residencia de Estudiantes, 1993.